

piraban las pretensiones aristocráticas, abrió una tienda, adornada con una muestra, en la que se leía: «Mirabeau, sastre». (Cuento la cosa tal como se la oí á Paulain.) Durante mucho tiempo después yo me devanaba los sesos pensando qué oficio adoptaría para poder anunciarme, «Kropotkin, artesano de tal ó cual cosa». Más adelante, mi maestro ruso, Nikolai Paulovich Smirnoff, y el tono generalmente republicano de la literatura rusa influyeron en mí de igual modo; y cuando empecé á escribir novelas, esto es, á los doce años, adopté la firma P. Kropotkin que jamás he abandonado, á pesar de las reprensiones de mis jefes cuando estaba en el servicio militar.

VIII

En el otoño del 52 mi hermano Alejandro fué enviado al cuerpo de cadetes, y desde entonces sólo nos veíamos en las vacaciones y alguna vez que otra los domingos. El cuerpo de cadetes estaba á cinco millas de casa, y aunque teníamos una docena de caballos, siempre ocurría que, cuando hacía falta que se mandara allí un trineo, no había caballos libres de que disponer. Mi hermano mayor, Nicolás, venía á casa raras veces. La libertad relativa que Alejandro encontró en el colegio, y especialmente la influencia de dos de sus profesores de literatura, desarrollaron

rápida su inteligencia, y más adelante tendré ocasión sobrada de hablar del benéfico influjo que á su vez él ejerció sobre el desenvolvimiento de la mía. El haber tenido un hermano mayor inteligente y cariñoso, ha sido para mí una gran fortuna.

Yo, mientras tanto, permanecía en casa: tenía que aguardar á que me tocara el turno para entrar en el cuerpo de pajes, y eso no sucedió hasta que llegué á muy cerca de los quince años. Se despidió á M. Paulain, y se tomó en su lugar un tutor alemán: era uno de esos hombres idealistas que no es raro encontrar entre los alemanes; pero lo que principalmente recuerdo de él, es el entusiasmo con que recitaba las poesías de Schiller, acompañándolo con un accionar tan ingenuo que me cautivaba. Sólo permaneció con nosotros un invierno.

El siguiente, me mandaron como externo á un gimnasio de Moscou, y, finalmente, vine á quedar con nuestro maestro ruso, Smirnoff: pronto nos hicimos amigos, en particular desde que nuestro padre nos llevó á los dos á su estado de Ryazán. Durante el viaje nos entregábamos á toda clase de entretenimientos, acostumbrando á inventar historias humorísticas á propósito de los hombres y de las cosas que veíamos; al mismo tiempo que, la impresión producida en mi ánimo por el terreno accidentado que cruzábamos, vino á aumentar, de un modo sen-

sible y delicado, mi creciente amor á la naturaleza. Bajo el impulso que me dió Smirnof, empezaron á desarrollarse mis aficiones literarias, y desde el 54 al 57 no me faltaron medios de desenvolverlas. Mi maestro, que para esa época habia terminado sus estudios universitarios, obtuvo un cargo de poca importancia en una Audiencia, donde pasaba la mañana. De este modo, yo permanecía solo hasta la hora de comer, y después de estudiar mis lecciones y dar un paseo, me quedaba bastante tiempo para leer, y, sobre todo, para escribir. En el otoño, cuando mi maestro tenia que volver á desempeñar su plaza en Moscou, en tanto que nosotros seguíamos en el campo, me volvía á quedar solo, y aunque siempre estaba en contacto con la familia y pasaba mucho tiempo jugando con mi hermanita Paulina, todavía me sobraba bastante espacio libre para dedicarme á leer y escribir.

*
**

La servidumbre se hallaba entonces en su último año de existencia: es un acontecimiento reciente; parece cosa de ayer; y, sin embargo, aun en la misma Rusia hay pocos que tengan una idea de lo que ella era en realidad. Existe una noción confusa respecto á lo perjudicial de las condiciones que creaba; pero la manera como éstas afectaban al ser humano, física y moralmente, no es por lo general bien conocida. Sor-

prende en verdad, ver con qué rapidez cae en el olvido una institución y sus consecuencias sociales, desde el momento que deja de existir, y con cuánta celeridad cambian los hombres y las cosas. Intentaré traer á la memoria las condiciones de la servidumbre, narrando, no lo que oí, sino lo que vi por mi mismo.

Uliana, el ama de llaves, se encuentra en el pasillo que conduce á la habitación de mi padre y se santigua, no atreviéndose á avanzar ni á retroceder. Al fin, después de haber rezado una oración, se decide á entrar, y manifiesta en una voz casi imperceptible, que la existencia de te está casi agotada, que no quedan más que veinte libras de azúcar y que las demás provisiones se concluirán también pronto.

—¡Ladrones, bandidos!—gritaba mi padre.— ¡Y tú, tú estás de acuerdo con ellos! La voz atronaba la casa. Nuestra madrastra dejaba á Uliana que arrastrase la tormenta; pero mi padre exclamaba. «¡Frol, llama á la princesa! ¿Dónde está?» Y cuando ella entraba la recibía con los mismos reproches.

«Estáis también en liga con estos descendientes de Cam; os ponéis de su parte»; siguiendo así, durante media hora, ó tal vez más.

Después empezaba á examinar las cuentas: al mismo tiempo pensaba en el heno; se mandaba á Frol á que pesara lo que quedaba de éste, y á mi madrastra á que presenciara la operación, y

en tanto, mi padre calculaba la cantidad que debía haber en el pajar. El resultado era que faltaba del heno una parte de consideración, y que Uliana no podía dar cuenta de varias libras de tales ó cuales artículos. La voz de mi padre se hacia por momentos más amenazadora; Uliana temblaba; mas en aquel momento aparece el cochero y en él descarga el amo su ira. Mi padre se lanza sobre él y le pega; pero él sigue diciendo. «Su alteza se debe haber equivocado».

Mi padre repite el cálculo, y esta vez aparece que hay más heno en el pajar del que debe haber. Los gritos continúan; ahora le reprende al cochero por no haberle dado al ganado su ración por entero; pero éste jura por todos los santos que le dió lo que le correspondía, y Frol invoca á la Virgen en confirmación de lo mismo.

Pero no hay forma de calmar á mi padre. Llama á Makar, al afinador de pianos y camarero, recordándole todas las faltas que recientemente ha cometido. Estuvo borracho la semana pasada, y ha debido estarlo también ayer, porque rompió media docena de platos. La verdad es que esta avería fué la causa fundamental de todo el trastorno: nuestra madrastra le habia dado cuenta del hecho á mi padre por la mañana, y ese fué el motivo de que se recibiera á Uliana con más rigor que de costumbre, por qué se comprobó la existencia del heno; y por qué mi padre continuaba exclamando: «estos descen-

dientes de Cam merecen todos los mayores castigos del mundo».

De repente, sobreviene un momento de tregua. Mi padre se sienta á su mesa, y escribe lo siguiente: «Llevad á Makar con esta nota á la estación de policia, y que le den cien azotes con la vara de abedul».

Terror y silencio profundo reinaba en toda la casa: el reloj daba las cuatro y todos bajábamos á comer; pero nadie tenia apetito, y la sopa permanecía intacta en cada plato. Somos diez á la mesa y tras cada uno de nosotros hay un músico con un plato limpio en la mano izquierda; pero Makar no se encuentra entre ellos.

—¿Dónde está Makar?—pregunta nuestra madrastra. «Llamadlo». Pero no se presenta, y la orden se repite: al fin aparece, pálido, con el rostro descompuesto, avergonzado y con la vista baja. Mi padre no levanta la suya del plato, mientras que nuestra madrastra, viendo que nadie ha probado la sopa, trata de animarnos, diciendo: «¿No os parece, niños, que la sopa está exquisita?»

El llanto me ahoga, y apenas terminada la comida corro en busca de Makar, lo encuentro en un oscuro pasillo y trato de besarle la mano; pero él la retira diciendo, como reproche ó como interrogación: —Dejadme; ¿acaso no seréis lo mismo cuando seáis mayor?

—¡No; no lo seré jamás!

Y, sin embargo, mi padre no era de los propietarios territoriales más malos; por el contrario, los sirvientes y los labriegos lo consideraban como uno de los mejores. Lo que veíamos en nuestra casa era lo que sucedía en todas partes, á menudo en mucha mayor escala. El azotar los siervos era una parte de las obligaciones corrientes de la policía y de la brigada de bomberos.

Uno de esos grandes propietarios hizo á otro esta observación: «¿Cómo es que el número de almas aumenta tan lentamente en vuestro estado? Probablemente os ocupáis poco de sus casamientos».

Algunos días después, el general volvió á su estado: hizo le trajeran una lista de todos los habitantes del pueblo, y sacó de ella los nombres de los muchachos que habían cumplido dieciocho años y de las jóvenes que acababan de pasar de los dieciséis (esta es la edad legal para poderse casar en Rusia), escribiendo después: «Juan se casará con Ana, Pablo con Parashka», y así sucesivamente, hasta formar cinco parejas. «Las cinco bodas», agregó, «deberán celebrarse dentro de diez días; esto es, el primer domingo después del próximo».

Un grito general de desesperación se elevó en todo el pueblo: las mujeres, lo mismo jóvenes que viejas, lloraban en todas las casas. Una esperaba casarse con Gregorio; los padres de Pa-

blo habían ya hablado á los Fedótoffs respecto á su hija, que pronto tendría la edad. Además, era la época de la siega y no de los matrimonios; ¿y qué boda podría prepararse en diez días? Los campesinos vinieron á ver al amo por docenas: sus mujeres aguardaban en grupos, con piezas de hilo fino, á la esposa de aquél, para conquistar su apoyo: todo en vano. El señor había dispuesto que las bodas se celebraran en tal día, y así tenía que ser.

En la época fijada, la procesión nupcial, que en este caso nada tenía de alegre, iba á la iglesia. Las mujeres lloraban y daban grandes lamentos, como acostumbran á hacerlo en los funerales. Uno de los lacayos de la casa se había marchado á la iglesia, para traer la noticia al amo en cuanto terminaran la ceremonia; pero pronto tuvo que volver corriendo, pálido y afligido, y decir, con gorra en mano:

«Parashka ha resistido; se niega á casarse con Pablo. El padre le preguntó si lo quería por esposo, y ella respondió en alta voz que no».

El propietario se enfureció. «Ve y dile á ese borracho melenudo» (refiriéndose al cura; el clero ruso usa el cabello largo), «que, si no casa á Parashka al momento, daré cuenta al arzobispo de que es un borracho. ¿Cómo se atreve ese espantajo clerical á desobedecerme? Dile que se le mandará á pudrirse en un monasterio, y á la familia de Parashka la deportaré á las Estepas».

El lacayo transmitía el mensaje: los parientes y el cura rodeaban á la muchacha; su madre llorando y de rodillas le suplicaba que no arruinara á toda la familia. Ella seguía diciendo que no, pero cada vez en una voz más débil, hasta que concluía por guardar silencio. Se le ponía en la cabeza la corona nupcial sin resistencia, y el sirviente volvía á la carrera á anunciar que se habían casado.

Media hora después, las campanillas de la procesión nupcial sonaban á la entrada de la morada del señor. Las cinco parejas saltaban de los corros, atravesaban el patio y entraban en el salón. El dueño los recibía, ofreciéndoles copas de vino, en tanto que los padres, colocados detrás de sus llorosas hijas, le ordenaban se inclinaran hasta tocar el suelo en presencia de su señor.

Las órdenes de casamiento eran tan corrientes, que, entre nuestros criados, cada vez que una joven pareja temía que le ordenaran el hacerlo á pesar suyo, tomaban la precaución de servir de padrinos en un bautismo cualquiera, lo que hacía el matrimonio imposible, según la iglesia rusa. Esta estratagemas, que por lo general daba buen resultado, terminó, sin embargo, una vez en tragedia. Andrei, el sastre, se enamoró de una muchacha que pertenecía á uno de nuestros vecinos: esperaba que mi padre lo dejaría marchar en libertad, en calidad de sastre,

en cambio del pago anual de una cantidad determinada, y que trabajando bastante en su oficio conseguiría economizar algún dinero y poder libertad á la novia; pues, de lo contrario, al contraer matrimonio con uno de los siervos de mi padre, ella se convertía en sierva de él también. Y como Andrei y una de las doncellas de la casa temieran se les ordenara el desposarse, se concertaron para ser los padrinos de una criatura. Lo que habían previsto ocurrió: un día fueron llamados ante el señor y la orden fatal fué pronunciada.

—Siempre estamos dispuestos á obedeceros— replicaron—; pero hace algunas semanas hemos sido padrinos en un bautizo, explicando con tal motivo Andrei sus deseos é intenciones. El resultado fué, que se le envió á la caja de reclutas y se le hizo soldado.

En tiempo de Nicolás I no existía el servicio militar obligatorio como hoy sucede. Los nobles y los comerciantes se hallaban libres de él; y cuando se ordenaba una nueva leva de reclutas, los propietarios territoriales tenían que presentar un número determinado de siervos. Por lo general; los labriegos en sus agrupaciones comunales guardaban un registro para su uso particular; pero los dedicados al servicio doméstico se hallaban por completo á merced del señor, y si éste estaba disgustado con alguno, no tenía más que mandarlo á la caja de reclutamiento y reco-

ger el correspondiente recibo, que tenía un valor de importancia, pues podía venderse á cualquier que le tocara la suerte de soldado.

El servicio militar en aquellos tiempos era terrible: se le exigía á un hombre servir veinticinco años bajo las banderas, y la vida del soldado era extremadamente penosa. El entrar en el ejército significaba el verse separado para siempre de su pueblo natal y de la comarca, y hallarse á merced de jefes como Timoféeff de quien ya me he ocupado. Golpes de los oficiales, azotes con varas de abedul y palizas por la más leve falta, eran cosas normales. La crueldad de que se hacía gala se sobreponía á todo lo imaginable. Hasta en los cuerpos de cadetes, en los que sólo recibían instrucción los hijos de los nobles, mil azotes con varas de abedul se administraban algunas veces, en presencia de todo el cuerpo, por cuestión de un cigarrillo, hallándose el médico al lado del niño atormentado, quien sólo ordenaba que se suspendiera el castigo cuando observaba que el pulso se hallaba próximo á dejar de latir. La víctima, cubierta de sangre y sin conocimiento, era llevada al hospital. El jefe de las escuelas militares, el gran duque Mikhael, separaría pronto al director de un cuerpo donde no hubiera habido uno ó dos casos semejantes todos los años. «No hay disciplina», hubiese dicho.

Con los simples soldados la cosa era mucho

peor. Cuando alguno de ellos aparecía ante un consejo de guerra, la sentencia era que mil hombres se colocaran en dos filas una enfrente de otra, estando cada soldado armado de un palo del grueso del dedo pequeño (el cual era conocido por su nombre alemán de Spitzruthen), y que el condenado pasara tres, cuatro, cinco ó siete veces por el centro, recibiendo un golpe de cada soldado, vigilando la operación los sargentos, á fin de que aquéllos le dieran con fuerza. Después de haber recibido mil ó dos mil golpes, la víctima, escupiendo sangre, era conducida al hospital, donde se procuraba curarla, con objeto de que se concluyera de aplicar el castigo tan pronto como se hallara más ó menos repuesta del efecto de su primera parte: si moría en el tormento, la ejecución de la sentencia se completaba en el cadáver. Nicolás I y su hermano Mikhael eran implacables; no había jamás indulto posible. «Os daré una carrera de baquetas, que os hará saltar la piel», eran amenazas que formaban parte del lenguaje corriente.

Un terror sombrío se extendía por toda la casa cuando se sabía que alguno de los criados iba á ser enviado á la caja de reclutas. Al infeliz se le ponían grillos y se le vigilaba de cerca, para evitar que se suicidara: se traía una carreta y lo sacaban entre dos guardianes, rodeándolo todos los sirvientes. Él saludaba profundamente, pidiendo á todos que lo perdonaran si los ha-

bia ofendido voluntaria ó involuntariamente. Si sus padres vivían en el pueblo, venían á verlo partir; él hacía una gran reverencia ante ellos, y su madre y las demás mujeres de la familia empezaban á cantar en coro sus lamentaciones; era una especie de canto medio recitado: «¿Por quién nos abandonas? ¿Quién cuidará de ti en tierra extraña? ¿Quién te protegerá contra los perversos?» Exactamente en el mismo tono y con la misma letra con que cantan en los entierros.

Así, pues, Andrei tenía ahora que sufrir durante veinticinco años la suerte de soldado: todos sus sueños de felicidad se habían desvanecido bruscamente.

* * *

El destino de una de las doncellas, Paulina, ó Palya, como acostumbraban á llamarla, fué más trágico todavía. Había aprendido á bordar bien, y era una notabilidad en el oficio. En Nílkolskoye tenía su bastidor en la habitación de mi hermana Elena, y con frecuencia tomaba parte en la conversación que sostenían ésta y la de mi madrastra, que estaba con ella. Por su porte y modo de expresarse, Palya parecía más bien una señorita que una criada.

Una desgracia le acaeció; se apercibió que pronto sería madre. Le contó todo á nuestra madrastra, quien la llenó de improperios: «¡No permitiré que siga en mi casa una criatura así

por más tiempo! ¡No toleraré tal vergüenza en casa! ¡Esto es una indecencia!» y todo á este tenor. Las lágrimas de Elena no consiguieron ablandarla. A la pobre le cortaron el cabello, y fué de castigo á cuidar del ganado; mas como tenía entre manos un trabajo extraordinario, tuvo que terminarlo en un local sucio y con escasa luz. Después hizo otros muchos bordados delicados, todo con la esperanza de obtener un perdón que no pudo alcanzar.

El padre de la criatura, que era un sirviente de uno de nuestros vecinos, imploró el permiso para casarse con ella; pero, como no tenía dinero que ofrecer, su demanda fué desechada. Las maneras delicadas de Palya fueron consideradas como ofensivas, y la suerte que se le reservó fué de lo más desgraciada. Había entre la servidumbre uno que hacía de postillón á causa de su baja estatura; se le conocía por «Filka el de las patas tuertas». En su juventud había recibido una terrible cox, y no llegó á crecer: tenía las piernas torcidas, los pies vueltos hacia adentro, la nariz partida y ladeada; su rostro era deforme; y con este monstruo se decidió casar á la pobre muchacha, lo que se efectuó á pesar suyo, mandándose después el matrimonio, como campesinos, al estado de mi padre en Ryazán.

No se reconocía, ni aun se sospechaba, que los siervos tuvieran sentimientos humanos; y cuando Turgueneff publicó su pequeña historia

Mumu, y Grigorovich comenzó á dar á luz sus novelas sentimentales, en las que hacia llorar á sus lectores sobre la desventura de los siervos, para muchas gentes aquello fué una inesperada revelación. «¿Es posible que amen ellos como nosotros?»—exclamaban las damas sensibles, que no podían leer una novela francesa sin derramar lágrimas por los trabajos que pasaban los héroes y las heroínas nobles.

* * *

La educación que los dueños daban algunas veces á los siervos no era más que un nuevo motivo de pesares para éstos. Mi padre recogió una vez de casa de unos labriegos un muchacho muy listo, y lo mandó á que aprendiera de practicante, y como era inteligente, lo hizo pronto y con buen resultado. Cuando volvió á casa, mi padre compró todo lo que hacia falta para montar una enfermería, que, bien provista de medicamentos y en buenas condiciones, se estableció en una de las casas laterales de Nikolskoye. En verano, el Dr. Sasha, como familiarmente se le llamaba en casa, siempre estaba muy ocupado, recolectando y preparando toda clase de plantas medicinales, y en poco tiempo se hizo muy popular en aquellos contornos. Los enfermos venían de los pueblecitos inmediatos, y mi padre estaba orgulloso ante el buen resultado que daba su Casa de Socorro. Pero este estado de cosas no

duró mucho: un invierno, mi padre fué á Nikolskoye, estuvo allí unos días y se marchó después. Aquella noche el Dr. Sasha se pegó un tiro; se dijo que habia sido casual; pero una historia de amores se encontraba en el origen del hecho. Estaba enamorado de una muchacha con quien no se podía casar por pertenecer á otro dueño.

La suerte de otro joven, Gherasim Krugloff, á quien mi padre educó en el Instituto Agrícola de Moscou, fué igualmente casi tan desgraciada. Hizo unos exámenes brillantes, ganando medalla de oro, y el director del establecimiento puso todo lo que pudo de su parte, á fin de inducir á mi padre á que le diera libertad y lo dejara ir á la Universidad, donde no se permite entren los siervos. «Con seguridad se hará un hombre notable—decía el director—, tal vez una de las glorias de Rusia, y hallaréis un honor en haber reconocido su capacidad y entregado tal hombre á la ciencia.»

«Lo necesito para mi estado», era la contestación que se daba á todas las súplicas que se hacian en su favor. Cuando, después de todo, con los sistemas primitivos de agricultura que entonces se empleaban, y de los que jamás se hubiera apartado mi padre, Gherasim Krugloff era completamente inútil. Levantó un plano del estado; pero una vez concluido éste, se le destinó al departamento de los criados y se le obligó á

servir á la mesa con plato en mano. Esto, como es natural, le disgustó mucho; sus sueños lo llevaban á la Universidad, á los trabajos científicos. En su mirada se reflejaba su pesar, y nuestra madrastra parecía hallar un especial placer en mortificarlo cada vez que se presentaba la oportunidad. Un día de otoño, habiendo una ráfaga de viento abierto la puerta de entrada, ella lo llamó y le dijo: «Garaska, ve á cerrar la puerta.»

Eso fué la gota que hace rebosar el vaso. En el acto contestó: «Para eso tenéis el portero» —y siguió su camino.

Mi madrastra corrió á la habitación de mi padre gritando: «¡Vuestros criados me insultan en vuestra casa!»

Inmediatamente Gherasim fué arrestado y esposado, para ser enviado fuera como marinero. La partida de sus ancianos padres con él, fué una de las escenas más conmovedoras que jamás he presenciado.

Esta vez, sin embargo, la suerte se encargó de la venganza: Nicolás I murió y el servicio militar se hizo más tolerable; la gran habilidad de Gherasim fué pronto reconocida, y en pocos años vino á ser uno de los principales empleados y la piedra angular de uno de los departamentos del Ministerio de la Guerra. Entre tanto, mi padre, que era completamente honrado, y en una época en que casi todos se dejaban corromper y sólo pensaban en hacer fortuna, jamás se

había apartado de la buena senda; por hacer un favor al jefe del cuerpo á que pertenecía, se separó un momento de ella, consintiendo en no sé qué clase de irregularidad. A punto estuvo esto de costarle su ascenso á general; el objeto final de sus treinta y cinco años de servicio se hallaba próximo á perderse. Mi madrastra fué á San Petersburgo á arreglar el asunto, y un día, después de haber dado muchos pasos, le dijeron que la única persona que podía resolver la dificultad era un humilde empleado en un departamento determinado del Ministerio, quien, á pesar de su insignificancia, era el que todo lo dirigía, pues los jefes no hacían nada sin consultarle. ¡Este hombre se llamaba Gherasim Ivanovich Krugloff!

«¡Qué os parece nuestro Garaska!»—me dijo ella después—: siempre creí que tenía una gran capacidad. Fui á verlo, le hablé del particular, y me contestó: «No tengo prevención alguna contra el príncipe, y haré por él todo lo que pueda.»

Gherasim cumplió su palabra: hizo un informe favorable, y mi padre obtuvo su promoción, pudiendo al fin vestir el uniforme tan deseado.

Estas eran cosas que yo mismo vi en mi infancia; pues si fuera á relatar todo lo que oí en aquella época, las proporciones de este trabajo aumentarían mucho en extensión: historias de

hombres y mujeres arrancados de su familia y de su país y vendidos ó perdidos al juego, ó cambiados por dos perros de caza y enviados después á una parte remota de Rusia, con objeto de crear un nuevo estado; de criaturas quitadas á sus padres y vendidas á dueños crueles ó corrompidos; de apaleos en los establos, que tenían lugar todos los días con una saña implacable; de una joven que encontró su única salvación ahogándose; de un anciano que había encaucado al servicio de su amo y que al fin se ahorcó bajo sus ventanas; y de sublevaciones de siervos, que eran sofocadas por los generales de Nicolás I, matando á palos, diezmando ó quintando á los habitantes de un pueblo que luego arrasaban, y cuyos supervivientes tenían que ir á pedir una limosna á las provincias inmediatas. En cuanto á la miseria que encontré durante nuestros viajes en algunos pueblos, particularmente en los que pertenecían á la familia imperial, no hay palabras con que describirla: había que verla.

* * *

El llegar á ser libre era el sueño constante de los siervos; sueño que no era fácil realizar, porque se necesitaba una fuerte suma para inducir á un propietario á que se desprendiera de uno de ellos.

—¿No sabes—me dijo una vez mi padre—, que

vuestra madre se me apareció después de muerta? Vosotros los jóvenes no creéis en estas cosas; pero ello es que ocurrió. Estaba yo una noche muy tarde sentado en este sillón, ante la mesa de escritorio y medio dormido, cuando la vi entrar toda vestida de blanco, muy pálida, y con los ojos resplandecientes. Ya en la agonía, me había pedido que le prometiera dar libertad á su doncella Maska, y así lo hice; pero después, entre una cosa y otra, se pasó cerca de un año sin que yo hubiera cumplido mi promesa. Entonces se me apareció, y me dijo con una voz muy débil, «Alexis, me prometiste dar libertad á Maska; ¿lo has olvidado?» Quedé aterrado; salté del sillón, pero ya se había desvanecido. Llamé á los criados, mas ninguno había visto nada. A la mañana siguiente fui á su tumba, hice que se le cantara un responso é inmediatamente di libertad á Maska.

Cuando murió mi padre, Maska vino al entierro y le hablé. Estaba casada, y se hallaba feliz en su vida de familia. Mi hermano Alejandro, en su estilo humorístico, le dijo lo que nuestro padre había contado, y le preguntamos qué sabía sobre el particular.

—Como eso sucedió—replicó ella—, hace mucho tiempo, ahora puedo deciros la verdad. Viendo que vuestro padre había completamente olvidado su promesa, me vesti de blanco y hablé como ella, recordándole la promesa que le

había hecho. ¿No me guardaréis rencor por eso, no es verdad?

—¡Claro que no!

* * *

Diez ó doce años después de las escenas descritas en la primera parte de este capítulo, me hallaba sentado en el despacho de mi padre y hablábamos de cosas pasadas. Se había abolido la servidumbre, y mi padre se lamentaba del nuevo estado de cosas, aunque no de un modo excesivo; lo había aceptado sin gran repugnancia.

—Debéis convenir conmigo—le dije—, que á menudo castigábais á nuestros criados con crueldad, y hasta sin razón.

—Con esa gente—me contestó—, no era posible proceder de otra manera—y reclinándose en su butaca permaneció largo rato sumergido en sus pensamientos. Pero lo que yo hice no valía la pena de que se hablara de ello—dijo después de aquella pausa. Mirad, por ejemplo, á ese mismo Sableff: parece tan suave y habla sin alzar nunca la voz, y, sin embargo, fué verdaderamente terrible con sus siervos. ¡Cuántas veces se concertaron para matarlo! Yo, al menos, nunca abusé de mis doncellas, en tanto que ese diabólico de T. se manejaba de tal modo, que las mujeres de los labriegos se disponían á castigarlo de un modo terrible... ¡Qué descanses, *bonne nuit!*

IX

Recuerdo bien la guerra de Crimea. En Moscú no se dejaba mucho sentir. Aunque, como es de suponer, se hacían hilas y vendajes en todas las reuniones de confianza; poco de esto llegaba, sin embargo, á los ejércitos rusos, pues grandes cantidades se robaban y vendían á los de los enemigos. Mi hermana Elena y otras jóvenes cantaban himnos patrióticos; pero, en general, no se conocía la lucha que sostenía el país, en el tono y modo de ser de lo que se llama la sociedad. En los pueblos, por el contrario, la guerra causaba terribles tristezas: las levas de reclutas se sucedían unas á otras con rapidez, y continuamente oíamos á las mujeres de los campesinos entonar sus cantos funerarios. El pueblo ruso miraba la guerra como una calamidad que le enviaba la Providencia, y la aceptaba con una solemnidad que contrastaba de un modo extraño con la alegría que observé en otras partes en igualdad de circunstancias. A pesar de ser joven, pude apreciar ese sentimiento de solemne resignación que se extendía por nuestras campiñas.

Mi hermano Nicolás fué atacado, como muchos otros, por la fiebre de la guerra, y antes de haber concluido sus estudios en los cuerpos de cadetes se reunió al ejército del Cáucaso: no lo volví á ver más.

En el otoño de 1854, nuestra familia se vio aumentada con la venida de dos hermanas de nuestra madrastra. Habían tenido casa propia y algunas viñas en Sebastopol; mas como perdieron aquélla se unieron con nosotros. Cuando los aliados desembarcaron en Crimea, se les dijo á los habitantes de Sebastopol que nada tenían que temer, y que debían permanecer donde estaban; pero después de la derrota de Alma, se les ordenó que se marcharan á la carrera, porque la ciudad sería atacada dentro de pocos días. Había pocos convoyes, y no se encontraba manera de moverse en los caminos, invadidos por las tropas que marchaban hacia el Sur. El alquilar un carro era poco menos que imposible, y las señoras, que abandonaron cuanto tenían en el camino, lo pasaron muy mal antes de llegar á Moscou.

Pronto me hice amigo de la más joven de las dos hermanas, una señora como de treinta años, que no se quitaba el cigarrillo de la boca mientras me contaba todos los horrores del viaje. El recuerdo del hermoso buque de guerra que hubo necesidad de echar á pique á la entrada de la bahía de Sebastopol le hacía derramar lágrimas, y no se explicaba cómo podían los rusos defender á la ciudad desde tierra no habiendo murallas que merecieran este nombre.

Tenía yo trece años cuando murió Nicolás I. A la caída de la tarde del 18 de Febrero (2 de

Marzo), fué cuando la policía distribuyó por todas las casas de Moscou un boletín anunciando la enfermedad del Zar, é invitando á todos sus habitantes á rogar en los templos por su restablecimiento. Ya entonces había muerto, y las autoridades lo sabían, pues había comunicación telegráfica entre Moscou y San Petersburgo; pero como previamente nada se había dicho respecto á su enfermedad, creyeron más conveniente ir preparando al pueblo gradualmente para anunciarle su defunción. Todos nosotros fuimos á la iglesia y rezamos fervorosamente.

El día siguiente, sábado, se repitió lo mismo, y todavía el domingo por la mañana se distribuyeron los referidos boletines. La noticia de su muerte no llegó á nosotros hasta el medio día, traída por algunos criados que habían ido al mercado. Un verdadero terror se apoderó de nuestra casa y de las de nuestros parientes al hacerse público el suceso. Se decía que la gente se había conducido de un modo muy extraño en el mercado, no mostrando sentimiento alguno, y usando un lenguaje peligroso. Muchos se hablaban al oído, y nuestra madrastra no se cansaba de repetir—: «No hablad delante de la gente»—en tanto que los criados cuchicheaban entre sí, probablemente refiriéndose á su próxima emancipación. Los nobles esperaban á cada momento una sublevación de los siervos, un nuevo levantamiento de Pugachoff.

En San Petersburgo, entre tanto, las personas ilustradas, al comunicarse mutuamente la noticia, se abrazaban en las calles. Todos comprendían que el fin de la guerra, así como el de las terribles condiciones que habían prevalecido bajo el poder del «déspota de hierro», se hallaban muy próximos. Se habló de envenenamiento, con tanto más motivo cuanto el cadáver se descompuso con rapidez; la verdadera causa sólo se dió á conocer gradualmente; fué una fuerte dosis de un tónico que Nicolás había tomado.

En los campos, durante el verano de 1855, la heroica lucha que se sostenía en Sebastopol por cada palmo de terreno y por cada piedra de sus desmantelados bastiones, era seguida con el mayor interés.

Un mensajero se mandaba regularmente dos veces á la semana desde nuestra casa á la cabeza de partido á buscar los periódicos, y á su vuelta, aun antes de que se desmontara, ya se le habían quitado de la mano y abierto los papeles. Elena ó yo los leíamos en alta voz á la familia, y las noticias eran en el acto transmitidas al departamento de los criados, y después á la cocina, el escritorio, la casa del cura y las de los labriegos. Las noticias que vinieron de los últimos días del sitio, del terrible bombardeo, y, finalmente, de la evacuación de la población por nuestras tropas, arrancaban á todos lágrimas. En todas las casas de campo de las inmediacio-

nes, la pérdida de Sebastopol, causó tanto pesar como la de un pariente cercano, por más que todos comprendían que ahora la terrible guerra tocaría pronto á su término.

X

Fué en Agosto de 1857, teniendo ya cerca de los quince años, cuando me tocó el turno de entrar en el cuerpo de pajes, y me mandaron á San Petersburgo. Entonces era yo todavía una criatura; pero el carácter del hombre adquiere por lo general sus rasgos característicos mucho antes de lo que comúnmente se supone, y es cosa para mi fuera de duda que, bajo mi apariencia infantil, era en esa época, con poca diferencia, lo mismo que había de ser más adelante: mis gustos, mis inclinaciones, se hallaban ya determinados.

El primer impulso á mi desarrollo intelectual fué dado, como he dicho antes, por mi maestro ruso. Es una costumbre excelente de las familias rusas, costumbre que hoy, desgraciadamente, empieza á caer en desuso, el tener en casa un estudiante que ayude á los muchachos y á las jóvenes en sus lecciones, aun cuando estén en un gimnasio; pues para asimilarse mejor lo que aprenden en la escuela, y para ampliar el concepto de lo aprendido, su concurso es de gran provecho. Además, él introduce un elemento in-